

21. El servicio de la unidad

Después de la disciplina de la escucha, la obediencia y el silencio, San Benito nos enseña que podemos crecer en la unidad del Cuerpo de Cristo a través del servicio. Escuchar es una dimensión más pasiva de la comunión, pero cuando escuchamos la Palabra de Dios, Jesucristo, hasta en fondo, no podemos sino entender que él nos llama a servir, dando la vida como Él.

La última palabra del Verbo Encarnado antes de morir por nosotros es: "¡Todo está cumplido!", y es una palabra del siervo que ha cumplido con su deber, que ha cumplido toda su misión. Antes de morir, es como si Jesús le estuviera diciendo al Padre: "¡Misión cumplida!" Pero esto, en sus labios, significa: "¡He amado hasta el final! ¡He dado toda mi vida! " No en vano, el capítulo 13 de Juan comienza con las palabras: "Antes de la fiesta de Pascua, Jesús, sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13,1). ¿Y cómo ama Jesús hasta el extremo? Ciertamente yendo a morir en la Cruz, pero aquí la imagen de este amor total es ponerse a servir hasta lavar los pies de los discípulos. Para Cristo, la obediencia nace de la escucha y se realiza en el servicio, en el dar la vida por los demás.

San Benito está tan convencido de esto que también pone la oración monástica dentro del ámbito del servicio. Dice que cuando los hermanos están de viaje, deben preocuparse por rezar como puedan el Oficio Divino, y agrega: "No descuiden llevar a cabo la tarea de su servicio – *servitutis pensum non negligant reddere*" (RB 50,4).

Sí, para los monjes también rezar es un servicio debido, una tarea encomendada para ser obedecida. A menudo tenemos una concepción demasiado intimista y autorreferencial de la oración, como si rezáramos solo por nosotros mismos, solo para sentirnos bien con nosotros mismos y no para servir a la Iglesia, al pueblo de Dios y a toda la humanidad. Por eso, a menudo, se descuida la oración solo porque "uno no tiene ganas", porque no nos satisface, porque estamos cansados y debemos descansar y distraernos. No pensamos en la responsabilidad de una misión que se nos ha confiado, en una tarea de servicio que Dios nos confía para el bien de todo el Cuerpo de Cristo. Por supuesto, la oración no solo debe ser una penitencia, y por esta razón en los monasterios siempre hemos tratado de hacerla bella y agradable. Pero incluso la belleza es vana y nos cansa si no se vive como un servicio a todo el pueblo de Dios.

Toda la vida en el monasterio es concebida por San Benito como un servicio. Ya en el prólogo define el monasterio como: "escuela del servicio del Señor – *Dominici schola servitii*" (Pról. 45). En el capítulo 2, la Regla advierte al abad que es precisamente este servicio común el que hace a todos los hermanos iguales en dignidad, y que, por lo tanto, no hay lugar en el monasterio para preferencias arbitrarias: "Si uno que ha sido esclavo entra en el monasterio, no sea pospuesto

ante el que ha sido libre (...), porque «tanto esclavos como libres, todos somos en Cristo una sola cosa» y bajo un mismo Señor todos cumplimos un mismo servicio, [*aequalem servitutis militiam baiulamus*]»." (RB 2,18-20)

El servicio que une a todos, que incluso cuando es bajo hasta lavar los pies es para nosotros la más alta dignidad y el máximo honor, es el servicio del Señor, servir al Señor en todo y en todos. Todas las diferencias humanas de clase o de dignidad son disueltas por Aquel a quien servimos, que está por encima de todos, el Señor de todos. Pero también se disuelven por el hecho de que el más grande de entre todos se hizo nuestro servidor.

También en este aspecto, ¡cuántas crisis de unidad en la comunidad surgen de no servirse voluntariamente los unos a los otros! Pero, positivamente, vemos a menudo que la unidad de una comunidad se restaura y crece gracias al servicio oculto y humilde de un solo hermano o hermana, que quizá suple las faltas de servicio de los demás. Cuando Jesús hace que los discípulos estén atentos al hecho de que Él estaba en medio de ellos "como el que sirve" (Lc 22,27), ha revelado el corazón manso y humilde que, en medio de ellos, sin que lo notaran, los mantuvo unidos por tres años, a pesar de todas sus deficiencias y mezquindad.

Por esta razón, San Benito le pide al abad que sea un servidor de su comunidad, un servidor, por así decirlo, escondido entre las almas y los caracteres de los hermanos. De hecho, debe "*regere animas et multorum servire moribus* – dirigir almas y servir a los caracteres de muchos" (RB 2,31). Es un trabajo "difícil y arduo", reconoce San Benito (*ibidem*), pero es precisamente este humilde servicio el que derrota la división en profundidad y hace crecer la comunión.

Siempre admiro a los superiores que tienen esta paciente caridad que durante años logra llevar los defectos y, a menudo, los caprichos de varios hermanos y hermanas para llevarlos siempre a vivir en comunión. A veces consideramos a estos superiores siempre pacientes como un poco ingenuos, no muy enérgicos. Y, de hecho, a menudo se dejan "explotar" y "engañar" por ciertos hermanos. En cambio, asumen silenciosamente el desprecio del que San Pablo habla acerca de los apóstoles (cf. 1Cor 4,9-13), que es el mismo desprecio que sufrió Jesús crucificado por amarnos hasta el extremo. Además, ¿tal vez no fue Jesús demasiado paciente con Pedro y con todos los discípulos y, sobre todo, con Judas? Y, sin embargo, sin esta paciencia ingenua no habría Iglesia, no seríamos salvados.

Pero este servicio que construye la comunión no solo se le pide al superior, sino a cada hermano. La unidad se construye precisamente sirviéndose los unos a los otros, como Jesús lavó el primero los pies de los discípulos para que pudieran aprender a lavarse los pies "los unos a los otros" (Jn 13,14). San Benito subraya y desarrolla esta conciencia en el capítulo 35 de la Regla, que trata de los servicios relacionados con la cocina, que eran servicios que los hermanos tenían que prestarse en turnos semanales.

El capítulo comienza con el principio fundamental: "Los hermanos se sirven mutuamente" (RB 35,1). San Benito dispensa de ello solo a los enfermos y a aquellos a los que realmente los absorben las ocupaciones de la comunidad, porque, dice, "así uno adquiere más mérito y caridad" (35,2). Y un poco más adelante repite: "Todos los demás hermanos se sirven unos a otros con caridad [*sub caritate*]" (35,6).

"*Sub caritate*": es como si se sirviéndose mutuamente, cada uno se pusiera al servicio de la caridad, reconociera que la caridad es superior a todo y a todos, el carisma más grande, el valor más alto (cf. 1Cor 12,31 y 13,13). Hay un sentido de veneración de la caridad que San Benito pide tener en cada servicio comunitario, como si los hermanos, trabajando, nunca debieran perder la conciencia de que "*Deus caritas est* – Dios es amor" (1 Jn 4,16) y, por lo tanto, pudieran vivir el servicio adorando a Dios, sin interrumpir el servicio de adoración al que están consagrados como monjes.

Vivido "bajo la caridad", el servicio fraternal no solo alimenta la unidad de la comunidad, sino también la unidad con Dios, en una sola comunión de amor.